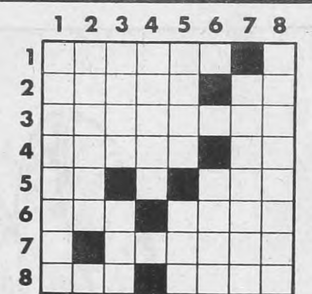
Con censura 34

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Río que pasa por la ciudad de Londres.
2. Desmayo, descompostura. / Apócope de papá.
3. Conjunto de caballos guiados por una madrina, pl.
4. Herramienta metálica que sirve para sujetar, arrancar o cortar una cosa. / Nota musical.
5. Tercer hijo de Adán y Eva. / Extremo inferior de la entena.
6. Pela, trasquila. / Brillé, resplandecí.
7. Hace ruido semejante a los chasquidos de la leña que arde.
8. Napolitano / Claro, limpio y puro, pl.

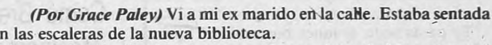
VERTICALES

1. Apura, acelera.
2. Bravucones.
3. Tramo, período. / Tacón.
4. País europeo.
5. Porción de tierra rodeada de agua. / Dícese del hilo poco retorcido.
6. Coche cerrado con dos asientos.
7. Mansión, castillo.
8. Agotarías, consumirías.

SOLUCION 33

Letra censurada: La F.
Horizontales: 1) Refinería. 2) Fomento. 3) Ten / Fango. 4) An / Festín. 5) Rifar / Aba. 6) Nivelo. 7) Baronesa. 8) Ser / Sor.
Verticales: 1) Frotar. 2) Femeninas. 3) Fien / Aire. 4) NN / Fervor. 5) Fetas / En. 6) Frontales. 7) Giboso. 8) Atona / Ar.





SUEÑOS DE VERANO

DESEOS

(Por Grace Paley) Vi a mi ex marido en la calle. Estaba sentada en las escaleras de la nueva biblioteca.

Hola, mi vida, dije. Habíamos estado casados veintisiete años, así que me sentí justificada.

El dijo ¿Qué vida? La mía desde ya que no.

Y yo, bueno. No discuto cuando la discrepancia es total. Me levanté y entré a la biblioteca a ver cuánto debía.

La bibliotecaria dijo que treinta y dos dólares es la suma global, y lleva usted debiéndolos dieciocho años. No negué nada. Porque no entiendo cómo pasa el tiempo. He tenido esos libros. He pensado con frecuencia en ellos. La biblioteca sólo queda a dos manzanas de mi casa.

Mi ex marido me siguió hasta la sección de devoluciones. Interrumpió a la bibliotecaria, que seguramente tenía algo más que decir. En varios sentidos, dijo, cuando miro hacia atrás, atribuyo la disolución de nuestro matrimonio al hecho de que nunca invitaste a cenar a los Bertram.

Es posible, dije. Pero en realidad, si recuerdas bien, primero se hallaba enfermo mi padre aquel viernes, luego nacieron los niños, después estuve muy ocupada con aquellas reuniones de los martes por la noche, posteriormente empezó la guerra. Al fin, era como si ya no los conociésemos. Pero tienes razón. Debería haberlos invitado a cenar.

Entregué a la bibliotecaria un cheque por treinta y dos dólares. Confió plenamente en mí, se echó a la espalda mi pasado y limpió mi expediente, que es exactamente lo que *jamás* harán las otras burocracias municipales y/o estatales.

Volví a sacar los dos libros de Edith Warton que acababa de devolver ya que hacía mucho tiempo que los había leído y ahora son más oportunos que nunca. Los libros eran *The House of Mirth* y *The Children*, que trata sobre cómo cambió la vida de Nueva York en veintisiete años, hace cincuenta.

Una cosa agradable que recuerdo muy bien es el desayuno, dijo mi ex marido. Me sorprendió. Nunca tomamos más que café. Luego recordé que había un agujero en la pared del armario de la cocina que daba al departamento contiguo. Allí siempre tomaban jamón ahumado curado con azúcar. Nos daba la sensación de un desayuno majestuoso, aunque nunca llegamos a quedarnos con la boca abierta por ello.

Eso fue cuando éramos pobres, dije.

¿Es que alguna vez fuimos ricos?, preguntó él.

Bueno, con el paso del tiempo, a medida que nuestras responsabilidades aumentaron, no pasamos necesidades ni apuros. Tú lograste resolver los problemas económicos, le recordé. Los niños iban de campamento cuatro semanas al año, llevaban abrigos decentes, bolsas de dormir y botas, como todos los demás. Tenían un aspecto espléndido. Nuestra casa estaba caliente en invierno, teníamos unos almohadoncitos rojos muy lindos, y muchas otras cosas más.

Yo quería un barco de vela, dijo él. Pero tú no querías nada.

No te mortifiques, dije. Nunca es demasiado tarde.

No, me dijo con gran amargura. Voy a conseguir un barco de vela. La verdad es que tengo dinero reservado para uno de cinco metros con dos mástiles. Me está yendo muy bien este año y creo que me irá aún mejor. En cuanto a tí, es demasiado tarde. Tú nunca desearás nada.

A lo largo de veintisiete años, había cultivado la costumbre de hacer un comentario sutil que, como la llave mágica de un plomero, se abriera oído abajo, por la garganta, para llegar hasta mi corazón. Y entonces desaparecía, dejándome atascada. En fin, me senté en las escaleras de la biblioteca y él se fue.

Eché un vistazo a *The House of Mirth*, pero perdí interés. Me sentía sumamente acusada. Qué le vamos a hacer, es verdad, ando escasa de deseos y de necesidades absolutas. Pero la verdad es que quiero *algo*.

Quiero, por ejemplo, ser una persona distinta. Quiero ser la mujer que devuelve esos libros en dos semanas. Quiero ser la ciudadana eficaz que cambia el sistema escolar y comunica al Comité de Presupuestos los problemas de este querido centro urbano.

Había prometido a mis hijos poner fin a la guerra antes de que fueran mayores.

Esta mañana precisamente me asomé a la ventana para mirar un rato la calle y vi que los pequeños sicomoros que la ciudad había plantado soñadoramente unos dos años antes de que nacieran los niños, habían llegado a su plenitud.

¡Bueno! Decidí devolver aquellos dos libros a la biblioteca. Lo cual demuestra que cuando surge una persona o un acontecimiento que me conmueve o me valora *puedo* emprender una actuación adecuada, aunque soy más conocida por mis comentarios afables.



Como Bret Easton Ellis, Jay MacInerney y David Leavitt, la norteamericana Tama Janowitz integra el sector más sofisticado de la literatura de su país. Los críticos engloban los textos de estos jóvenes bajo el enfático nombre de *realismo sucio* y los emparentan con autores de años anteriores. A Janowitz le tocó ser comparada con Truman Capote, aunque ella prefiere a Mark Twain. Este relato pertenece a su primer libro, *Esclavos de Nueva York*, editado por Anagrama.

ENVENENAMIEN[TO] DE SOL

Por Tama Janowitz

No querías ir de vacaciones. El estar en casa te exige todas las energías, y cuando sales, no sólo debes hacer todas las cosas normales, agotadoras, sino que además tienes que sacar entradas, comprar solución para las lentillas, ir a la lavandería, etcétera. Preferirías quedarte tumbada en la cama pensando en lo mucho que se divierten los demás. Pero tu novio ha tenido una exposición de sus cuadros y ahora decide que deberíais ir fuera unos cuantos días.

Preparar tus vacaciones en Haití lleva varios días. Tienes que lanzarte a tumba abierta y hacerte la cera en las piernas. Y ésta es una de las situaciones más horripilantes en que jamás te hayas encontrado. Cuando llega el momento, estás preparada para una operación más dolorosa que un aborto. Piensas en quién se ocupará de hacerte la cera. De hecho, es una mujer muy baja que, mientras te echa cera hirviendo en las piernas y te arranca los pelos, te grita en español.

Te gustaría que las modas cambiasen y que las mujeres con las piernas peludas fueran el último grito. Alguien cometió un gran error cuando te asignó el papel sexual de la mujer; nunca dejarás de sentirte una imitación de hembra.

Te pasas todo el lunes buscando el tipo adecuado de aceites y lociones solares entre las más caras; Bronza Zoo ha lanzado una nueva línea de grasa de cobra y tortuga. No sabes por qué te pasas la mitad de la vida tratando de quitarte aceites del cuerpo y la otra mitad embadurnándote con ellos.

No puedes esperar hasta el día en que la humanidad esté tan evolucionada que los cuerpos sean totalmente innecesarios y las personas no sean más que enormes cerebros grises y blanduzcos metidos en bolsas de plexiglás. Entonces a lo mejor te gustarías. Con todo, tu cuerpo ya ha evolucionado más que el resto de la humanidad. Jamás te ha interesado el ejercicio físico. Tu cerebro tan desarrollado habita una cabeza que está encima de un gran cuerpo de larva con brazos y piernas enclenques como los de un insecto.

La comida del avión es de no creérselo. ¡Exquisita! Los chefs deben de haber trabajado duro en la parte trasera del avión; te sirven una cosa blancuzca que parece pollo, deliciosamente sazonada con una salsa color saliva; una insólita sustancia vegetal machacada en forma de tubos verdes; y ensalada de lechuga auténtica y tomate auténtico. Es la última comida fresca que probarás en cinco días.

Con objeto de contribuir a que tu novio se tranquilice, pues él encuentra los viajes en avión muy estimulantes eróticamente, le dejas comer tu tarta recubierta de una voluptuosa escarcha arenosa. Con el café traen unos paquetitos con una sustancia blanca que, mezclada con el café, se convierte en algo bastante parecido a la leche. Que una comida semejante pueda servirse a muchos kilómetros sobre el suelo constituye un logro asombroso del hombre de hoy: debe de ser difícil criar pollos, lechuga y lo demás, tan lejos del suelo.

Te quedas en una isla como a una hora de Port-au-Prince. Es curioso que, en la agencia de viajes, los folletos de Haití mostraran una isla llena de palmeras y nativos con dentaduras perfectas; quizá hayan alquilado las palmeras para rodar los anuncios, porque en ninguna parte hay vegetación a la vista.

Lo único que hay en la isla es el hotel. Nada más llegar, el conserje te dice que no bebas agua ni comas frutas o verduras crudas. El lacayo desagradable te lleva con aire de superioridad a tu cabaña. Las cabañas tienen forma de A. Residencias de tipo suizo: el que construyó el hotel debe de haber visto *Heidi* y *Sonrisas y lágrimas* bastantes veces. Todos los edificios son del tipo chalet suizo. Es como si Walt Disney hubiera sufrido un ataque de nervios y hubiera mezclado los planos de Bali H'ai con los del pueblo suizo de Disneyworld.

Sales a darte un chapuzón, y el desagradable lacayo te dice que esta noche la cena consiste en una barbacoa junto a la piscina. No puedes ducharte porque en tu cabaña no hay agua, pero te dicen que pronto la arreglarán.

Te vistes y sales a contemplar el paisaje. Un hombre rosado y corpulento al que no has visto antes viene y se pone delante de la mesa a la que te has sentado, impidiéndote la vista...

—Tienes razón, Linda —dice—. No se ve fuego, sólo humo.

—¿Qué se está quemando? —dice tu novio—. ¿Hay fuego en Port-au-Prince?

Al otro lado de la bahía, cerca de las luces de la ciudad, se alzan nubes de humo negro en el cielo blanco, iluminado por la luna.

—No es Port-au-Prince —dice el hombre—. Es mucho más cerca. Debe de ser una hoguera.

Tu novio entabla conversación con el hombre con exceso de peso. Su novia, sentada a la otra mesa, se llama Linda; también pesa de más, pero parece haber ganado peso sólo para seguir junto a él.

—Somos viajeros profesionales —dice el hombre.

Hace gestos a Linda de que venga a tu mesa, junto a la cual él permanece de pie con el estómago descansando encima del borde.

—No, no lo somos, Michael —dice Linda.

—¿Entonces cómo nos llamarías tú?

—Simplemente viajamos —dice Linda.

—¿Qué puedes decirme sobre la compra de cuadros en Port-au-Prince? —dice tu novio.

—Son todos iguales —dice Michael—. Alguien los fabrica en serie. ¿Para qué los quieres?

—Soy pintor y... —empieza tu novio.

—Yo también —dice Michael.

—No, no lo eres —dice Linda—. Eres diseñador gráfico con computadora.

—Me gusta comprar cuadros de ésos —dice tu novio—. Reúno unos cuantos y pinto encima de ellos.

—¿Por qué? —dice Michael.

—No lo sé.

—¿Dónde expones? —dice Michael—. ¿En Nueva York?

—Acabo de hacer una exposición —dice

No querías ir de vacaciones. El estar en casa te exige todas las energías, y cuando sales, no sólo debes hacer todas las cosas normales, agotadoras, sino que además tienes que sacar entradas, comprar solución para las lentillas, ir a la lavandería, etcétera. Preferirías quedarte tumbada en la cama pensando en lo mucho que se divierten los demás. Pero tu novio ha tenido una exposición de sus cuadros y ahora decide que deberíais ir fuera unos cuantos días.

Preparar tus vacaciones en Haití lleva varios días. Tienes que lanzarte a tumba abierta y hacerte la cera en las piernas. Y ésta es una de las situaciones más horripilantes en que jamás te hayas encontrado. Cuando llega el momento, estás preparada para una operación más dolorosa que un aborto. Piensas en quién se ocupará de hacerte la cera. De hecho, es una mujer muy baja que, mientras te echa cera hirviendo en las piernas y te arranca los pelos, te grita en español.

Te gustaría que las modas cambiasen y que las mujeres con las piernas peludas fueran el último grito. Alguien cometió un gran error cuando te asignó el papel sexual de la mujer; nunca dejarás de sentirte una imitación de hembra.

Te pasas todo el lunes buscando el tipo adecuado de aceites y lociones solares entre las más caras; Bronza Zoo ha lanzado una nueva línea de grasa de cobra y tortuga. No sabes por qué te pasas la mitad de la vida tratando de quitarte aceites del cuerpo y la otra mitad embadurnándote con ellos.

No puedes esperar hasta el día en que la humanidad esté tan evolucionada que los cuerpos sean totalmente innecesarios y las personas no sean más que enormes cerebros grises y blanduzcos metidos en bolsas de plexiglás. Entonces a lo mejor te gustarías. Con todo, tu cuerpo ya ha evolucionado más que el resto de la humanidad. Jamás te ha interesado el ejercicio físico. Tu cerebro tan desarrollado habita una cabeza que está encima de un gran cuerpo de larva con brazos y piernas enclenques como los de un insecto.

La comida del avión es de no creérselo. ¡Exquisita! Los chefs deben de haber trabajado duro en la parte trasera del avión; te sirven una cosa blancuzca que parece pollo, deliciosamente sazonada con una salsa color saliva; una insólita sustancia vegetal machacada en forma de tubos verdes; y ensalada de lechuga auténtica y tomate auténtico. Es la última comida fresca que probarás en cinco días.

Con objeto de contribuir a que tu novio se tranquilice, pues él encuentra los viajes en avión muy estimulantes eróticamente, le dejas comer tu tarta recubierta de una voluptuosa escarcha arenosa. Con el café traen unos paquetitos con una sustancia blanca que, mezclada con el café, se convierte en algo bastante parecido a la leche. Que una comida semejante pueda servirse a muchos kilómetros sobre el suelo constituye un logro asombroso del hombre de hoy: debe de ser difícil criar pollos, lechuga y lo demás, tan lejos del suelo.

Te quedas en una isla como a una hora de Port-au-Prince. Es curioso que, en la agencia de viajes, los folletos de Haití mostraran una isla llena de palmeras y nativos con dentaduras perfectas; quizá hayan alquilado las palmeras para rodar los anuncios, porque en ninguna parte hay vegetación a la vista.

Como Bret Easton Ellis, Jay MacInerney y David Leavitt, la norteamericana Tama Janowitz integra el sector más sofisticado de la literatura de su país. Los críticos engloban los textos de estos jóvenes bajo el enfático nombre de *realismo sucio* y los emparentan con autores de años anteriores. A Janowitz le tocó ser comparada con Truman Capote, aunque ella prefiere a Mark Twain. Este relato pertenece a su primer libro, *Esclavos de Nueva York*, editado por Anagrama.



ENVENENAMIENTO DE SOL

Por Tama Janowitz

Lo único que hay en la isla es el hotel. Nada más llegar, el conserje te dice que no bebas agua ni comas frutas o verduras crudas. El lacayo desagradable te lleva con aire de superioridad a tu cabaña. Las cabañas tienen forma de A. Residencias de tipo suizo: el que construyó el hotel debe de haber visto *Heidi* y *Sonrisas y lágrimas* bastantes veces. Todos los edificios son del tipo chalet suizo. Es como si Walt Disney hubiera sufrido un ataque de nervios y hubiera mezclado los planos de Bali H'ai con los del pueblo suizo de Disneyworld.

Sales a darte un chapuzón, y el desagradable lacayo te dice que esta noche la cena consiste en una barbacoa junto a la piscina. No puedes ducharte porque en tu cabaña no hay agua, pero te dicen que pronto la arreglarán.

Te vistes y sales a contemplar el paisaje. Un hombre rosado y corpulento al que no has visto antes viene y se pone delante de la mesa a la que te has sentado, impidiéndote la vista...

—Tienes razón, Linda —dice—. No se ve fuego, sólo humo.

—¿Qué se está quemando? —dice tu novio—. ¿Hay fuego en Port-au-Prince?

Al otro lado de la bahía, cerca de las luces de la ciudad, se alzan nubes de humo negro en el cielo blanco, iluminado por la luna.

—No es Port-au-Prince —dice el hombre—. Es mucho más cerca. Debe de ser una hoguera.

Tu novio entabla conversación con el hombre con exceso de peso. Su novia, sentada a la otra mesa, se llama Linda; también pesa de más, pero parece haber ganado peso sólo para seguir junto a él.

—Somos viajeros profesionales —dice el hombre.

Hace gestos a Linda de que venga a tu mesa, junto a la cual él permanece de pie con el estómago descansando encima del borde.

—No, no lo somos, Michael —dice Linda.

—¿Entonces cómo nos llamarías tú?

—Simplemente viajamos —dice Linda.

—¿Qué puedes decirme sobre la compra de cuadros en Port-au-Prince? —dice tu novio.

—Son todos iguales —dice Michael—. Alguien los fabrica en serie. ¿Para qué los quieres?

—Soy pintor y... —empieza tu novio.

—Yo también —dice Michael.

—No, no lo eres —dice Linda—. Eres diseñador gráfico con computadora.

—Me gusta comprar cuadros de ésos —dice tu novio—. Reúno unos cuantos y pinto encima de ellos.

—¿Por qué? —dice Michael.

—No lo sé.

—¿Dónde expones? —dice Michael—. ¿En Nueva York?

—Acabo de hacer una exposición —dice tu novio—. He decidido tomarme unas vacaciones. Estoy agotado.

—Claro —dice Michael—. A nosotros nos pasa algo parecido. Al padre de Linda le nominaron para un Oscar el año pasado y...

Aquí te las arreglas para interrumpir la conversación diciendo que es hora de cenar. Arrastras a tu novio a la mesa que está junto a la barbacoa, y así evitas más conversaciones con los viajeros profesionales.

Después de una noche sin dormir matando mosquitos, te levantas pronto y pasas el día asándote en la playa. El maitre se acerca a la tumbona y te pregunta si quieres una de las dos posibilidades que hay esta noche para cenar: boeuf bourguignon o churkey.

—¿Jerky? —preguntas tú, pensando que se trata de una especialidad haitiana.

Resulta que el maitre no habla inglés. Tratas de preguntarle, en francés, si sería posible conseguir un par de langostas para cenar.

Cuando terminas de hablar el maitre te mira asombrado.

—Escoger. ¿Boeuf bourguignon o churkey?

Te das cuenta de que lo que de hecho le has dicho es algo así como "nosotros deseamos pues necesitamos langostas preparadas para la ocasión nocturna". Estás furiosa contigo misma. Has estudiado francés durante años: en el colegio, en el instituto, en la universidad. Pero aparentemente ninguna de las clases te ha servido de nada.

Durante todas las comidas toca una orquesta, un trío. Sólo saben dos canciones. La llamas "The Royal Haitian Zombie Trio". Estás sentada en el porche de tu cabaña alpina mientras tu novio está sentado bajo un árbol, oyendo música con su Sony Walkman, cuando aparece el trío. Para que les den una propina, van de árbol en árbol tocando las dos canciones que saben —"Danubio azul" y "Qué será, será"— a cada grupo de los que toman el sol. Cuando llegan a tu novio, uno se pone a tocar los bongós justo pegado a su oído. Tu novio no puede oírlos. Al cabo de un minuto o así, tu novio nota las vibraciones del bongó y se vuelve a mirar. Señala sus oídos con los auriculares puestos.

Te echas a reír. Uno a uno, los del trío dejan de tocar. Ahora pueden oír cómo te ríes, y se largan. Es la única vez, durante toda tu estancia, que la orquesta no termina una canción.

La segunda noche tu novio trata de imaginar algún sistema para impedir que los mosquitos le piquen las orejas. Por fin, se le ocurre la idea de ponerse en la cabeza la parte inferior de tu bikini. Sólo le asoma la cara.

—Esta noche no conseguirán picarme —dice.

Resulta extraño ver a un hombre con medio traje de baño en la cabeza, pero no dices nada. Antes de dormir miras el pequeño televisor durante un rato. Ninguno de los dos podéis imaginar ningún viaje sin él. Sólo hay un canal donde ponen la película de la masacre de Jim Jones en Guyana, doblada al francés. Luego un cantante gordo y viejo, que se parece a Liberace, canta rock-and-roll en francés mientras tres chicas con caretas de pato bailan detrás de él.

—Es raro —dice tu novio—. Estaba pensando que a los chicos que no hablan inglés, el rock-and-roll americano debe de parecerles realmente extraño. Quiero decir que para ellos no debe de tener sentido.

Te gusta que, lejos de las tensiones de Nueva York, tú y tu novio os estéis comunicando con más intimidad. Ahora te alegra haberte contenido y no haberle dicho a tu novio que no se pusiera en la cabeza la parte inferior de tu bikini, aunque probablemente te la esté ensanchando.

Al día siguiente tu novio no puede levantarse. Le dices que ha tomado demasiado sol el día anterior, pero él dice que tiene fiebres tropicales y vuelve a dormirse. No se despierta en todo el día.

Siempre has sido una persona apocada; al caer la tarde te sientes sola. Cruzas la playa hasta el bar y tomas una bebida asquerosa preparada en una coctelera, mientras te apetece hablar con alguien. Decides que estás muy enfadada con tu novio. Ha tenido el valor de traerte hasta aquí, el culo del mundo, y luego caer presa de alguna enfermedad selvática.

Cerca de ti hay dos lustrosos chicos norteamericanos bronceados, de pelo rubio. Muy seguros de sí mismos. Y al parecer ocupados en ligar con una chica francesa muy guapa que está con su familia.

—¿Cuántos años crees que tiene? —dice uno.

—Es lo bastante mayor —dice el otro.

Estos chicos podrían estar en cualquier parte del mundo, no importaría. Viajan con su club de estudiantes a cuestas. Darías algo por estar tan segura de ti misma, ser tan americana como ellos. Decides que el motivo por el que no te hablan es porque tienes la nariz roja por culpa del sol.

Tu novio despierta al día siguiente. Pasas otro día en la playa. La comida que sirven en el restaurante es cada vez peor. Para cenar te sirven unas judías con repollo que están calentísimas; estofado de buey nadando en salsa marrón y puré de patatas. Para una estación de esquí sería una comida perfecta. Esta tarde la temperatura ha bajado a treinta grados. Todo el mundo come con resignación. Todos los que cenan parecen haber pasado demasiado tiempo al sol. Su aspecto es febril, afligido, como si estuvieran en un sanatorio especial adonde uno llegase en buen estado de salud y enseguida enfermara. ¿Dónde están todos esos deliciosos curries con coco, esas gambas y esas langostas? El chef debe de estar loco. La comida parece de un instituto de enseñanza media.

De repente te das cuenta de que las sillas del restaurante son las más incómodas en que te hayas sentado nunca. Piensas ir a sentarte en el sofá que hay frente a la recepción, aunque sólo sea un minuto.

—Voy a sentarme allí —le dices a tu novio. Sientes náuseas.

Tu novio parece sorprendido. Vas y te sientas en el sofá, pero al cabo de un minuto comprendes que tampoco puedes permanecer sentada allí. Vuelves a la mesa.

—¿Qué ha pasado? —dice tu novio—. Estás muy pálida.

—No puedo quedarme aquí —dices—. Voy a nuestra habitación.

Tu novio te acompaña a tu cabaña alpina. En el camino las cosas empiezan a resultar borrosas.

—¿No vas a cenar? —dice tu novio.

—Necesito tumbarme —dices.

En la habitación, te miras en el espejo. Todo tu moreno ha desaparecido por completo. La piel te duele tanto —especialmente en la parte posterior de las piernas— que casi no puedes tenerte en pie. Te tumbas en la cama y te desmayas.

Al cabo de un rato tu novio vuelve con pan y mantequilla, pero te encuentras demasiado mal para comer.

Al día siguiente duermes hasta la tarde. Por fin, tu novio te lleva a la playa, con una camiseta, pantalones largos, su gorra de béisbol y gafas de sol. Te sientes muy débil y muy frágil. La piel te quema tanto que sólo puedes dar unos pocos pasos cada vez, pero tu novio te prepara una tumbona a la sombra de un árbol.

Has querido tener un aspecto atractivo y vestirte del modo adecuado y estar muy morena. Pero no eres de esa clase de personas. Ahora tienes la piel como un pollo frito, churruscada.

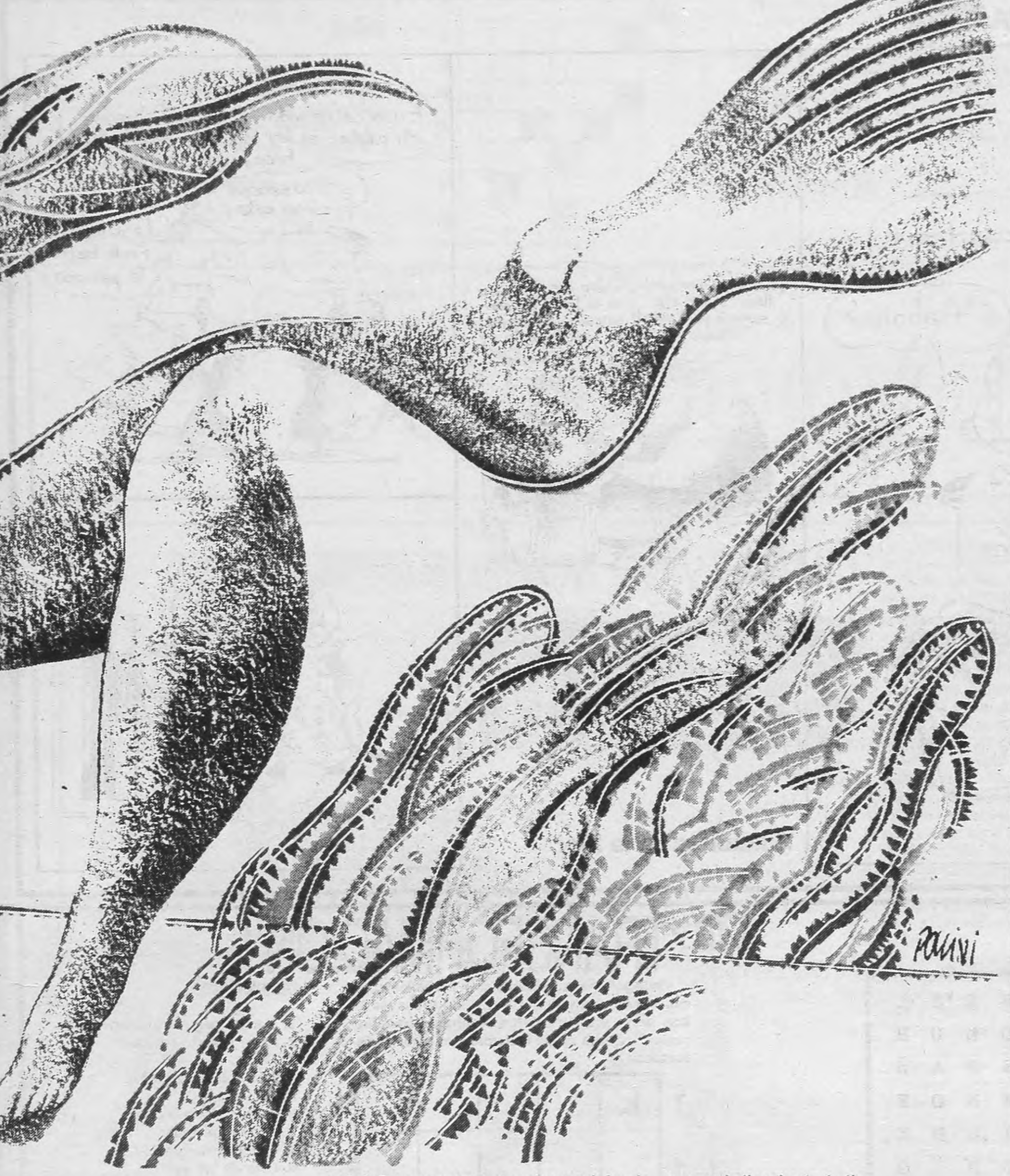
—¿Sabes qué? —le dices a tu novio, que está acariciando un trozo de coral, un objeto grande y liso en forma de pipa. La playa está llena de ellos—. He decidido que estoy cansada de ser mujer.

—¿Cómo? —dice tu novio.

—Me siento como si interpretara a una mujer. Todas esas hormonas no tienen nada que ver conmigo. Es como una fachada. Preferiría ser hombre. Si lo fuese ¿seguirías saliendo conmigo?

—Estás alucinando —dice tu novio—. Envenenamiento solar.

Piensas, mientras se pone el sol, que a tu alrededor hay un montón de oportunidades para describir el trópico: cielo púrpura, luna naranja, estrellas azules, hojas secas plateadas. De hecho es como una mala postal, con vientos balsámicos y brisa marina y todo. La orquesta toca otra vez el "Danubio azul".



TO

u novio—. He decidido tomarme unas vacaciones. Estoy agotado.

—Claro —dice Michael—. A nosotros nos pasa algo parecido. Al padre de Linda le nominaron para un Oscar el año pasado y...

Aquí te las arreglas para interrumpir la conversación diciendo que es hora de cenar. Arrastras a tu novio a la mesa que está junto a la barbacoa, y así evitas más conversaciones con los viajeros profesionales.

Después de una noche sin dormir matando mosquitos, te levantas pronto y pasas el día asándote en la playa. El maitre se acerca a la tumbona y te pregunta si quieres una de las dos posibilidades que hay esta noche para cenar: boeuf bourguignon o churkey.

—¿Jerky? —preguntas tú, pensando que se trata de una especialidad haitiana.

Resulta que el maitre no habla inglés. Tratas de preguntarle, en francés, si sería posible conseguir un par de langostas para cenar.

Cuando terminas de hablar el maitre te mira asombrado.

—Escoger. ¿Boeuf bourguignon o churkey?

Te das cuenta de que lo que de hecho le has dicho es algo así como "nosotros deseamos pues necesitamos langostas preparadas para la ocasión nocturna". Estás furiosa contigo misma. Has estudiado francés durante años: en el colegio, en el instituto, en la universidad. Pero aparentemente ninguna de las clases te ha servido de nada.

Durante todas las comidas toca una orquesta, un trío. Sólo saben dos canciones. La llamas "The Royal Haitian Zombie Trio". Estás sentada en el porche de tu cabaña alpina mientras tu novio está sentado bajo un árbol, oyendo música con su Sony Walkman, cuando aparece el trío. Para que les den una propina, van de árbol en árbol tocando las dos canciones que saben —"Danubio azul" y "Qué será, será"— a cada grupo de los que toman el sol. Cuando llegan a tu novio, uno se pone a tocar los bongós justo pegado a su oído. Tu novio no puede oírlos. Al cabo de un minuto o así, tu novio nota las vibraciones del bongó y se vuelve a mirar. Señala sus oídos con los auriculares puestos.

Te echas a reír. Uno a uno, los del trío dejan de tocar. Ahora pueden oír cómo te ríes, y se largan. Es la única vez, durante toda tu estancia, que la orquesta no termina una canción.

La segunda noche tu novio trata de imaginar algún sistema para impedir que los mosquitos le piquen las orejas. Por fin, se le ocurre la idea de ponerse en la cabeza la parte inferior de tu bikini. Sólo le asoma la cara.

—Esta noche no conseguirán picarme —dice.

Resulta extraño ver a un hombre con medio traje de baño en la cabeza, pero no dices nada. Antes de dormir miras el pequeño televisor durante un rato. Ninguno de los dos podéis imaginar ningún viaje sin él. Sólo hay un canal donde ponen la película de la masacre de Jim Jones en Guyana, doblada al francés. Luego un cantante gordo y viejo, que se parece a Liberace, canta rock-and-roll en francés mientras tres chicas con caretas de pato bailan detrás de él.

—Es raro —dice tu novio—. Estaba pensando que a los chicos que no hablan inglés, el rock-and-roll americano debe de parecerles realmente extraño. Quiero decir que para ellos no debe de tener sentido.

Te gusta que, lejos de las tensiones de Nueva York, tú y tu novio os estéis comunicando con más intimidad. Ahora te alegra haberte contenido y no haberle dicho a tu novio que no se pusiera en la cabeza la parte inferior de tu bikini, aunque probablemente te la esté ensanchando.

Al día siguiente tu novio no puede levantarse. Le dices que ha tomado demasiado sol el día anterior, pero él dice que tiene fiebres tropicales y vuelve a dormirse. No se despierta en todo el día.

Siempre has sido una persona apocada; al caer la tarde te sientes sola. Cruzas la playa hasta el bar y tomas una bebida asquerosa preparada en una coctelera, mientras te apetece hablar con alguien. Decides que estás muy enfadada con tu novio. Ha tenido el valor de traerte hasta aquí, el culo del mundo, y luego caer presa de alguna enfermedad selvática.

Cerca de ti hay dos lustrosos chicos norteamericanos bronceados, de pelo rubio. Muy seguros de sí mismos. Y al parecer ocupados en ligar con una chica francesa muy guapa que está con su familia.

—¿Cuántos años crees que tiene? —dice uno.

—Es lo bastante mayor —dice el otro.

Estos chicos podrían estar en cualquier parte del mundo, no importaría. Viajan con su club de estudiantes a cuestas. Darías algo por estar tan segura de ti misma, ser tan americana como ellos. Decides que el motivo por el que no te hablan es porque tienes la nariz roja por culpa del sol.

Tu novio despierta al día siguiente. Pasas otro día en la playa. La comida que sirven en el restaurante es cada vez peor. Para cenar te sirven unas judías con repollo que están calentísimas; estofado de buey nadando en salsa marrón y puré de patatas. Para una estación de esquí sería una comida perfecta. Esta tarde la temperatura ha bajado a treinta grados. Todo el mundo come con resignación. Todos los que cenan parecen haber pasado demasiado tiempo al sol. Su aspecto es febril, afligido, como si estuvieran en un sanatorio especial adonde uno llegase en buen estado de salud y enseguida enfermara. ¿Dónde están todos esos deliciosos curries con coco, esas gambas y esas langostas? El chef debe de estar loco. La comida parece de un instituto de enseñanza media.

De repente te das cuenta de que las sillas del restaurante son las más incómodas en que te hayas sentado nunca. Piensas ir a sentarte en el sofá que hay frente a la recepción, aunque sólo sea un minuto.

—Voy a sentarme allí —le dices a tu novio. Sientes náuseas.

Tu novio parece sorprendido. Vas y te sientas en el sofá, pero al cabo de un minuto comprendes que tampoco puedes permanecer sentada allí. Vuelves a la mesa.

—¿Qué ha pasado? —dice tu novio—. Estás muy pálida.

—No puedo quedarme aquí —dices—. Voy a nuestra habitación.

Tu novio te acompaña a tu cabaña alpina. En el camino las cosas empiezan a resultar borrosas.

—¿No vas a cenar? —dice tu novio.

—Necesito tumbarme —dices.

En la habitación, te miras en el espejo. Todo tu moreno ha desaparecido por completo. La piel te duele tanto —especialmente en la parte posterior de las piernas— que casi no puedes tenerte en pie. Te tumbas en la cama y te desmayas.

Al cabo de un rato tu novio vuelve con pan y mantequilla, pero te encuentras demasiado mal para comer.

Al día siguiente duermes hasta la tarde. Por fin, tu novio te lleva a la playa, con una camiseta, pantalones largos, su gorra de béisbol y gafas de sol. Te sientes muy débil y muy frágil. La piel te quema tanto que sólo puedes dar unos pocos pasos cada vez, pero tu novio te prepara una tumbona a la sombra de un árbol.

Has querido tener un aspecto atractivo y vestirte del modo adecuado y estar muy morena. Pero no eres de esa clase de personas. Ahora tienes la piel como un pollo frito, churruscada.

—¿Sabes qué? —le dices a tu novio, que está acariciando un trozo de coral, un objeto grande y liso en forma de pipa. La playa está llena de ellos—. He decidido que estoy cansada de ser mujer.

—¿Cómo? —dice tu novio.

—Me siento como si interpretara a una mujer. Todas esas hormonas no tienen nada que ver conmigo. Es como una fachada. Preferiría ser hombre. Si lo fuese ¿seguirías saliendo conmigo?

—Estás alucinando —dice tu novio—. Envenenamiento solar.

Piensas, mientras se pone el sol, que a tu alrededor hay un montón de oportunidades para describir el trópico: cielo púrpura, luna naranja, estrellas azules, hojas secas plateadas. De hecho es como una mala postal, con vientos balsámicos y brisa marina y todo. La orquesta toca otra vez el "Danubio azul".

FONTANARROSA Y LA PAREJA









Ediciones de la Flor

JUEGOS

34 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primer palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.

1	L				
2					
3					
4					
5	T				
6					
7					
8	R				
9					

DEFINICIONES

1. Barrita de grafito, para dibujar.
2. Paño grande bordado.
3. Pared.
4. Musa de la comedia.
5. Estatura.
6. Tronco de la planta.
7. Acción de rallar.
8. Cilindro de madera.
9. Cría de las aves.

34 "LA SOPA DEL 7"

O	S	H	P	R	V	E	T	O	L
T	U	A	M	O	R	O	M	U	H
D	L	Z	I	W	A	S	P	A	Ñ
N	A	Y	C	L	R	E	N	O	E
S	O	L	I	N	G	I	L	N	X
K	D	P	O	R	T	O	P	I	O
A	U	L	P	E	I	E	T	L	R
P	I	X	R	A	S	S	R	A	I
S	E	F	I	T	O	S	E	T	L
G	O	D	A	P	R	A	P	S	O
U	M	Ñ	P	I	F	O	L	I	C
T	A	E	O	L	H	V	E	R	M
E	R	S	Q	U	E	A	O	C	A

Encuentre los nombres de 7 partes del ojo que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

34 NUMERO OCULTO

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
2	8	9	3	1	0
6	5	2	1	1	1
9	7	8	0	1	0
7	5	1	3	0	2

				B	R
				4	0
9	8	1	7	0	3
8	5	0	3	1	0
7	6	4	9	1	0
8	5	7	3	1	0

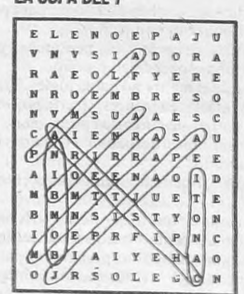
SOLUCIONES

33

"TRANSFORMACION"

COMIA
MOMIA
MORIA
MARIA
MARTA
TARTA
TANTA
TANGA
GANGA

"LA SOPA DEL 7"



E	L	E	N	O	E	P	A	J	U
V	N	V	S	I	A	D	O	R	A
R	A	E	O	L	F	Y	E	R	E
N	R	O	E	M	B	R	E	S	O
N	V	M	S	U	A	A	E	S	C
C	A	I	E	N	R	A	S	A	U
P	N	R	I	R	R	A	P	E	E
A	I	O	E	E	N	A	O	I	D
M	B	M	T	T	J	U	E	T	E
B	M	N	S	I	S	T	Y	O	N
I	O	E	P	R	F	I	P	N	C
M	B	I	A	I	Y	E	H	A	O
O	J	R	S	O	L	E	G	C	N

"NUMERO OCULTO"

1. 7826
2. 2175